Historias de taxi...y de la noche.

leticia zampedri

Capítulo 1

Una pareja muy peculiar

Estaba tomando un mate caliente con el auto estacionado en una de las paradas de taxi habituales. Era una noche tranquila de un jueves de invierno, sin mucho movimiento. Hacía frío y afuera golpeaba una suave, pero helada ráfaga de viento. No había tenido pasaje por más de veinte minutos e, incluso, había estado tentado a abandonar el turno y regresar a casa para acurrucarme bajo las frazadas junto a mi esposa, pero las facturas a fin de mes no entendían de cambios climáticos, así que volví a llenar mi mate y bebí el agua caliente.

Entonces, la puerta de atrás se abrió y una pareja joven se subió.

—Buenas noches —saludó el joven.

La muchacha solo se sentó en la otra punta con los brazos cruzados luciendo realmente ofuscada.

—Buenas noches —saludé, dejando mi equipo de mate en el portatermo sobre el asiento del acompañante. El muchacho, que parecía mucho más amable que la chica, me dio la dirección y moví mi taxi hacia la avenida principal.

Por el espejo retrovisor, observé a la joven parejita.

La muchacha era bonita, pero llevaba demasiado maquillaje como para saberlo a la perfección. Vestía un abrigo negro que le llegaba por debajo de las rodillas, pero aun así se notaba que sus piernas estaban cubiertas por medias de red. El cabello suelto le llegaba hasta los hombros y sus orejas y cuello iban adornados con joyas brillantes que dejaban entrever su posición social. Por otro lado, el muchacho era muy guapo. Peinado con gel, llevaba un tapado gris de paño y un reloj de un material que, desde mi punto de vista, era oro adornaba su muñeca izquierda.

Ninguno de los dos habló durante las primeras dos cuadras y eso me hacía sentir incómodo. —Una noche fría —comenté, intentando sacar algún tema de conversación.

La muchacha me miró airosa, pero el chico asintió. —Sí, así es. Está realmente frío afuera.

Fue un comentario sin maldad, yo diría que demasiado inofensivo, pero desató la furia de su acompañante—Tal vez, si no lo hubieses arruinado,

no tendríamos que estar pasando frío en este momento —le reprochó.

Tomé sus palabras como una señal de que debía subir la calefacción y como no quería ser destinatario directo de algún reproche, estiré mi mano derecha y giré la perilla, aumentando la temperatura.

El chico la miró sintiéndose realmente ofendido. —No me echés toda la culpa a mí. Me dijiste que había aceptado.

—Sí, pero no tenías que ser tan directo. ¡La asustaste! —contestó la chica.

—¡Y como iba a saber saberlo! —Volvió a defenderse el chico, ahora aflojándose uno de los botones de su tapado.

La chica levantó ambos brazos en señal de frustración. —Sos tan elemental.

Él pareció afectado con su comentario. —Además, no entiendo porque hizo tanto alboroto. Ella sabía muy bien a qué había ido.

Fruncí el ceño, ahora sintiendo como la curiosidad picaba mordazmente dentro de mí.

—Sí, pero eso no significa que todo tenía que ser tan deprisa —La voz de la chica era más calmada ahora.

Sin embargo, el chico se veía bastante ofendido. —No fui deprisa —dijo, tomando la defensiva.

A chica sonrió de costado, burlona. —¿No? Por Dios, Ian, Luciana apenas había servido una copa de vino cuando vos ya habías sacado tu pene erecto frente a ella. ¡Te dije que debías dejarme iniciar a mí!

Mis ojos se abrieron como platos, pero intente fingir que no la había escuchado. Tal vez, solo era una forma de decir, pensé. Los jóvenes de hoy en día hablaban con ciertos códigos que nunca terminaba de aprender.

El muchacho mordió su labio inferior. —Es que no pude contenerme. ¿Sabés hace cuanto que deseaba cogerme el culo de tu amiga?

Casi me atraganté con mi propia saliva. Mis puños se apretaron con fuerza al volante y todos mis sentidos se tensaron a la espera de la reacción de la chica. Estaba seguro de que lo golpearía o insultaría. En mi mente, no se me ocurría otro panorama posible, pero contradiciendo todos mis pronósticos, la chica extendió la mano y tomó la del chico, acariciándolo

con cariño.

—Ya sé y créeme que yo estaba más ansiosa que vos.

—Maldición —dijo, realmente molesto. —Cuando me dijiste que había aceptado, pensé que estaba realmente segura.

La chica frunció el ceño y soltó un suspiro. —Sí, pero Luciana no es como Camila. Ella es mucho más reservada. Sabés que me llevó mucho tiempo hasta que pude comenzar a hablar del tema e insinuarle lo que habíamos planeado.

Una sonrisa se dibujó en los labios del muchacho. —Camila fue jodidamente caliente —dijo, y supe que en su mente estaba recreando una especie de escena sexual.

La chica también rio. —Sí, lastima que la muy estúpida lo arruinó. Realmente, le ponía mucho entusiasmo.

—¿Quién hubiese pensado que sería tan sentimental? —reflexionó el chico —. Yo nunca le di señales de interés personal y ambos le habíamos aclarado las reglas —reflexionó, pensativo.

—Aun estoy molesta con ella y no creo poder perdonarla por más bueno que sea el sexo con ella. ¿Cómo se atrevió a enviarte un mensaje para verse a solas contigo? ¿Qué clase de amiga se supone que era? —respondió la chica. El tono de su voz mostraba que estaba realmente decepcionada del comportamiento de su amiga.

Algo dentro de mí pudo más que yo. Aunque todos mis sentidos me decían que no debía preguntar, mi voz pareció cobrar vida propia.

—Disculpen que los interrumpa —dije, sonando un tanto infantil y ambos me miraron expectantes. —¿Qué clase de relación tiene ustedes? —pregunté, sintiéndome un estúpido.

La chica soltó una carcajada. —Somos marido y mujer —dijo, aun sonriendo antes mi evidente comentario chistoso.

Sin poder evitar, tuve que fruncir el ceño. El chico besó la muñeca de la chica y entonó su mirada en el espejo retrovisor para mirarme. —Somos swingers —Fue su respuesta, pero la palabra me sonó realmente confusa.

Mi rostro se arrugó intentando encontrar la definición correcta. Había leído y escuchado del tema…intercambios de pareja, sexo en grupo, esas cosas. Entonces, los observé.

Sus manos estaban entrelazadas y el pulgar del chico acariciaba suavemente la piel de su pareja. Él la miraba con afecto y la chica, detrás de su aire de superioridad, también le devolvía la mirada con el mismo sentimiento.

—¿Cómo hacen para que funcione? —pregunté, tosiendo para que mi voz sonase menos dudosa.

La chica me miró frunciendo el ceño, pero el chico volvió su mirada al frente, realmente dispuesto a sacarme de mi ignorancia. —Bueno, primero tenés que hablar con quien querés que se sume junto con tu pareja —comenzó a explicar, pero lo interrumpí.

—No me refiero a eso —dije, porque no me interesaba todo el proceso de aparejamiento.

—¿Entonces? —dijo, realmente confundido.

—A ustedes. A su matrimonio.

Entonces, ambos se miraron a los ojos y sonrieron. —Porque nos amamos y sabemos que queremos envejecer juntos y formar una familia —me contestó, sin apartar la vista de su esposa.

No conforme con su respuesta, tuve que ir por más. —¿No sienten celos?

La chica negó. —No se puede tener celos de algo que es pactado y consentido. Es más, el problema de los celos realmente deja de ser un problema cuando tu pareja sabe que tiene la libertad para hablar contigo y cumplir sus deseos.

Mi mirada debió verse realmente confundida porque el chico soltó una risa sonora. Luego, apoyó su antebrazo en el raspando de mi asiento antes de volver a hablar. —Verás, solía ser muy celoso de Agustina. Me molestaba que mirara a otros hombres, incluso tenía terror de que me engañase. Nuestro matrimonio era casi un infierno al comienzo —dijo, soltando un suspiro —, pero luego un amigo mío me comentó sobre esta práctica y creo que realmente nos salvó de un divorcio prematuro.

Entonces, la chica tomó aire. —Es difícil controlar el deseo por otros. A mí, por ejemplo, me gustaban los amigos de Ian. Me parecían atractivos y más de una vez había fantaseado con tener sexo con alguno de ellos. Claro que no iba a engañar a Ian con ninguno de ellos, pero eso no quiere decir que en un futuro no conozca a alguien que no pertenezca a su vínculo y la tentación me gane. Es una posibilidad.

El chico, que al parecer se llamaba Ian asintió. —Lo mismo ocurrió conmigo. Las amigas de Agustina son realmente calientes e incluso mi

secretaria me calentaba un montón. Hubiese sido solo cuestión de tiempo antes de que alguno de los dos engañase al otro.

—Así que si sienten deseo por alguien más, ¿simplemente se lo cuentan a su pareja y hacen un trío con esa persona? —pregunté.

—Algo así —explicó la chica, encontrando mi evidente ignorancia sobre el tema un poco graciosa.

—Nosotros nos queremos y hacemos que nuestro matrimonio funcione de esta manera —finalizó el chico dejando un beso en la frente de la chica.

—¡Guau! —dije, realmente sorprendido. —Debo decirles que no los entiendo, pero me alegra que sean felices.

—¿Usted es casado? —consultó la chica.

—Sí —respondí —Hace siete años ya —respondí, orgulloso.

—¿Y nunca le fue infiel a su esposa?

Negué. —No, nunca.

La chica se cruzó de piernas y pareció encontrar una especie de juego que no estaba seguro no me iba a gustar —¿Y puede decirme con toda franqueza que nunca sintió deseos por otra mujer?

Podría decirle que no, pero sabía que estaría mintiendo. Hubo un par de veces en que alguna cliente realmente hermosa o incluso la mujer de algún amigo había despertado ciertas imágenes eróticas en mi cabeza.

Mi silencio respondió por mí. —¿Lo ve? Estoy segura de que su mujer también siente o sintió deseo por otro hombre, incluso por algún amigo suyo. ¿Por qué ser egoísta y dejarla que se masturbe a escondidas pensando en otro cuando usted podría ayudarla a explorar mejor su sexualidad?

No supe que responderle. En ese momento, la sangre dentro de mi había comenzado a hervir. Imaginarme a mi mujer, masturbándose mientas pensaba en alguno de mis amigos me hizo sentir enfermo. Subí el volumen de la radio y di por terminada la conversación. La chica pareció satisfecha con el sentimiento de angustia que su comentario había desatado en mí y se sentó con expresión complacida contra el respaldo del auto, mirándome airosa y desafiante.

Cinco cuadras más tarde, llegamos a destino. Saludé al chico con la mano luego de que me había pagado la tarifa, ero preferí ignorara la chica. Ella simplemente había soltado una carcajada y se bajó del auto como si

hubiese salido victoriosa de una batalla.

Más tarde esa noche, cuando regresé a mi casa, entré a mi dormitorio y encontré a mi esposa durmiendo plácidamente. La observé detenidamente.

Me senté en el colchón sintiendo como un sabor amargo quemaba dentro de mi boca. Extendí mi mano y le di una pequeña sacudida. —Clara, despertate —dije, susurrando.

Ella entreabrió sus ojos y me miró con expresión somnolienta. —Jorge, ¿qué ocurre? —preguntó, dando un bostezo.

—Tenemos que hablar —dije, con voz segura.

—¿Ahora? Son —miró el reloj despertado sobre la mesa de luz —las cuatro de la mañana —dijo, quejándose.

—Es importante —le aseguré.

Clara soltó un suspiro y se sentó sobre el colchón, apoyando su espalda en el respaldo. Luego, me miró, esperando que comenzara a hablar.

—Te voy a hacer una pregunta —comencé —y quiero que seas completamente honesta conmigo —Sus ojos se miraron un poco preocupados, pero asintió —Clara, ¿vos te masturbas pensando en alguno de mis amigos? —pronuncié esas palabras sintiendo realmente molesto.

Todo el rostro de mi esposa se desfiguró y luego, soltó una sonora carcajada. —¡Dios mío Jorge! ¿Acaso te volviste loco?

—Respóndeme —pedí, con voz firme.

—¡Claro que no! —respondió, sin dejar de reírse.

Su respuesta me alivió, solo un poco. Solté un suspiro y la tomé de las manos. —¿Deseas a otro hombre? —me aventuré a preguntar.

Me observó durante un largo minuto, intentando deducir si se lo estaba preguntando enserio o solo bromeaba. Cuando notó mi seriedad, la sonrisa de su boca se borró. Inhaló profundo. —Por supuesto que no Jorge. Te amo, eso ya lo sabés. No entiendo por qué me estás preguntando estas cosas —dijo, realmente confundida.

Negué con la cabeza. —Hoy tuve que llevar a una pareja swinger —Fue mi respuesta.

—Dios, Jorge. ¿Y qué ideas te metieron en la cabeza? —Esta vez era ella la que se mostraba molesta.

—Ninguna de las que estás pensando —Me apresuré a decir —Es solo que me hicieron ver que podés llegar a desear a otros hombres, aun estando casada conmigo. Otros hombres también te desean a vos. Solo mírate, sos hermosa y estoy seguro de que debes provocar fantasías en otros, incluso tal vez a mis amigos.

—Detenete ahí, Jorge —Me obligó mi mujer, ahora arrodillándose sobre la cama. —En primer lugar, me conocés mejor que eso. No hay, ni habrá otro hombre en mi mente que no seas vos. En segundo lugar, son tus amigos de quienes estás dudando.

—Una vez, en la escuela, Fabián mencionó que tenías lindas piernas —Me justifiqué.

—Jorge, cuando Fabián estaba en la escuela pensaba que «todas» las chicas de la escuela tenían lindas piernas, tetas, culo o lo que sea. Era un mujeriego y lo fue hasta que conoció a Mabel.

Asentí porque ella tenía razón. Sin embargo, no podía tranquilizarme. Clara me tomó de las manos y me miró a los ojos. —¿De qué tenés miedo? Nunca me habías hecho un planteo tan tonto como éste.

Solté un suspiro. —La chica dijo que seguramente te masturbabas pensando en otros hombres y que posiblemente con el tiempo terminarías engañándome si no te dejaba explorar esas fantasías.

A mi lado, Clara se cruzó de brazos, visiblemente molesta. La escuché maldecir por lo bajo, pero luego recuperó la calma. Volvió a envolver mi mano entre las suyas y me habló con voz serena. —Esas parejas, los swingers, ven las relaciones de manera diferente que nosotros. La monogamia no funciona para todos, y no todos quieren ser monógamos, así que esa forma de vivir la sexualidad funciona para ellos, pero eso no quiere decir que todos pensemos así.

—¿Nunca deseaste a otro?

Soltó un suspiro de frustración. —Jorge, nunca deseé a otro con intenciones de engañarte. Puede que alguna vez haya visto a algún actor en la tele que me pareció atractivo o algunos de los empelados de la cafetería a la que voy después de trabajar me haya parecido sexi, pero no fue más allá de una apreciación visual. Solo un sentimiento que entra por los ojos. Y yo soy más que solo un par de ojos. Lo que tenemos entre nosotros es sincero y honesto. Y te aseguro que nada ni nadie que solo

provoque a los ojos, puede romper algo que se genera en el corazón.

Asentí. —Me debo ver como un tonto.

Negó. —No te ves como un tonto. Te ves como un iluso que se deja llevar por los asuntos de las demás personas. Ya te dije que no te metas en las historias de los demás.

—Es solo que parecían tan felices con ese modo de vida. Tan seguros de su relación.

—Nosotros también somos felices y creo que ambos estamos muy seguros de nuestra relación, ¿o no? —Asentí. Clara tomó aire y luego continuó hablando. —Nos conocemos de toda la vida, desde primero de secundaria para ser exactos —dijo y volví a asentir —. Sé que no fuiste un santo. Conozco tu prontuario y vos sabes que no llegué virgen a nuestro casamiento —Ambos soltamos una risa cómplice —. Los dos tuvimos nuestro tiempo para disfrutar, para conocer a otros antes de comenzar esta relación y para poder estar seguros de que esto, lo que tenemos, es lo que queremos.

—Ahora me siento realmente estúpido —dije sincero —, pero por un momento hasta tuve miedo de mi reacción. Te imaginé pesando en otro y te juro que quise golpear a alguien. Me sentí enfermo. ¿Soy muy egoísta al quererte solo para mí? —consulté.

Negó. —Si hay alguien en este mundo que no es egoísta ese sos vos —me aseguró —Tu amor no es egoísta. Es perfecto tal y como es. A mi tampoco me gusta pensar que deseas a otras mujeres, pero confío en vos y sé que tal vez nuestra relación no es perfecta las veinticuatro horas del día, pero es maravillosa y no cambiaría nada de ella. Tal vez, alguna vez viste o conociste a alguna mujer y pensaste en que era hermosa, ¿y qué? Conozco tu corazón y se que jamás harías algo que eventualmente me lastimaría.

—¿No te molesta que haya sentido deseo de otra mujer?

—¡Claro que sí! —se apresuró a decir —Pero es algo que no puedo evitar. No puedo controlar los estímulos del mundo exterior, pero si puedo amarte y hacerte sentir amado. Y puedo demostrare que este amor que nos tenemos es suficiente para opacar cualquier loca fantasía que puedas tener. Incluso, también puedo cumplir alguna de esas fantasías —dijo juguetona y coqueta.

—Te amo —dije, tomando sus hombros entre mis manos para acercarla a mí.

—Y yo te amo a vos —dijo, ya sobre mis labios.

Esa noche hicimos el amor lento y prolongado. Saboreé su piel sabiéndola mía. Sabiendo que tal vez, otros también la desean, pero que soy yo quien puede disfrutarla. Sabiendo que tal vez ella llegue a desear a otros, pero que es a mí a quien besa al final del día y es a mí a quien se entrega de manera íntima y sincera.

Hay cientos de relaciones ahí afuera y cada una de ellas es única y perfecta tal y como es. Cada pareja encuentra su camino, pero lo importante es transitar ese camino juntos, tomados de la mano.